

Comentario al capítulo “Precios, salarios y ocupación”

LA INFLACIÓN EN LA ARGENTINA

Ricardo Héctor Arriazu

Introducción

La evolución de los precios de los bienes y servicios (inflación) ha sido una preocupación constante de los argentinos desde mediados del siglo XX. No es exagerado asegurar que la inflación ha influenciado la evolución social, política y económica del país, del mismo modo en que los acontecimientos políticos y sociales fueron determinantes en la evolución de la tasa de inflación.

Un repaso de la literatura económica en el país muestra que nuestra profesión no se mantuvo ajena a esta preocupación. El tema ocupó un lugar central en la mayoría de los congresos y seminarios de las últimas décadas, y muchos economistas dedicaron sus esfuerzos al pronóstico de la probable evolución de la tasa de inflación. Sus efectos sobre las variables financieras también determinaron que las empresas dedicaran más tiempo al análisis de estas variables que al mejoramiento de la productividad.

A pesar de esta concentración en temas financieros poco se conoce de lo sucedido con los precios de los bienes y servicios con anterioridad a la irrupción del proceso inflacionario. Algunos estudios pioneros extendieron el análisis de la evolución de ciertas variables macroeconómicas (incluyendo la inflación) a la totalidad del siglo XX, y unos pocos especialistas en Historia Económica examinaron lo sucedido con algunas de estas variables en períodos anteriores de la historia argentina. Este trabajo, que hoy se publica, llena un vacío en el conocimiento de la evolución de las principales variables económicas en la Argentina durante los últimos dos siglos y permite tener una idea más completa de lo que sucedió en nuestro país en materia de inflación en un período más remoto de su historia.

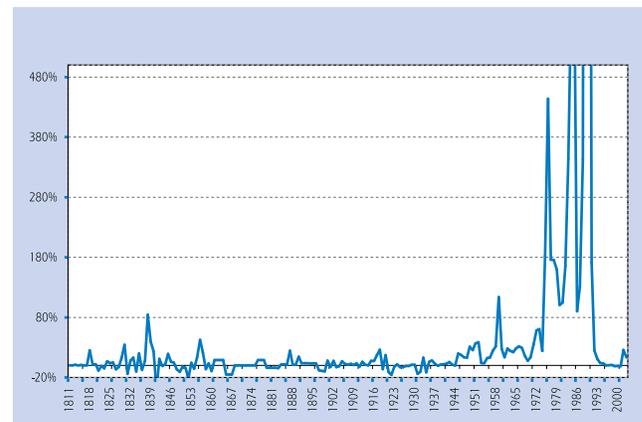
La inflación en la Argentina

Las series que se incluyen en este trabajo son lo suficientemente explícitas como para no requerir mayores explicaciones. Sin embargo, puede ser útil para el lector presentar una breve descripción de las principales lecciones que surgen de la serie de tasa de inflación.

Al ofrecer series estadísticas, es usual acompañarlas con formas alternativas de presentación que le permitan al lector extraer algunas conclusiones en forma inmediata. Una vía rápida para obtener una impresión de lo sucedido en materia de inflación en la Argentina durante los últimos dos siglos es graficar la variación anual promedio de los precios al consumidor de la canasta de bienes y servicios utilizada para la elaboración de la serie de precios. El gráfico 1 muestra la evolución de la tasa de inflación en la Argentina a partir de 1811.

Gráfico 1. Evolución de la inflación en la Argentina

(Variación promedio anual del Índice de Precios al Consumidor)



Otra forma de contribuir a la interpretación de una serie histórica es agrupando la información por períodos definidos de tiempo. El cuadro 1 muestra la tasa acumulada de variación de los precios al consumidor, y sus promedios anuales, agrupados por décadas.

De esta información se pueden extraer las siguientes conclusiones:

1. La tasa de inflación promedio entre 1810 y 1944 fue de sólo el 2% anual.
2. Cuatro de las 19 décadas muestran tasas negativas de inflación: dos en el siglo XIX y dos en el siglo XX.
3. A pesar de que la inflación no fue una preocupación generalizada hasta mediados del siglo XX, algunos períodos del siglo XIX muestran violentas fluctuaciones de los precios internos, asociadas a fluctuaciones en los precios internacionales y a conflictos políticos internos.

4. La deflación (caída de precios) fue un fenómeno bastante generalizado en el siglo XIX e inicios del siglo XX, pero prácticamente desapareció luego de la Gran Depresión. Esta situación refleja lo sucedido en la economía mundial.
5. La inflación se torna endémica y creciente a partir de 1945, con una serie de intentos fallidos para revertirla. La inflación acumulada entre 1945 y 1990 fue de 12,4 E¹², lo que equivale a una tasa promedio anual cercana al 96%.
6. El crecimiento de la tasa de inflación en cada década a partir de 1945 es explosivo, aunque la década de 1960 muestra una ligera, y temporal, desaceleración. Esta situación culminó con los dos procesos hiperinflacionarios de fines de la década de 1980 e inicios de la de 1990.
7. La drástica reducción de la tasa de inflación luego de la implementación de la llamada "Convertibilidad" parece haberse consolidado, pero es aún muy temprano para asegurarlo.

Cuadro 1. Tasas acumuladas y promedio de variación del IPC por décadas

(Tasas porcentuales de variación)

	Acumulada	Promedio
1811-1820	32%	2,8%
1821-1830	40%	3,4%
1831-1840	259%	13,6%
1841-1850	-27%	-3,2%
1851-1860	28%	2,5%
1861-1870	-13%	-1,4%
1871-1880	19%	1,8%
1881-1890	35%	3,0%
1891-1900	0%	0,0%
1901-1910	19%	1,8%
1911-1920	98%	7,1%
1921-1930	-29%	-3,4%
1931-1940	-6%	-0,6%
1941-1950	226%	12,5%
1951-1960	1064%	27,8%
1961-1970	585%	21,2%
1971-1980	259012%	119,5%
1981-1990	2015816088%	437,6%
1991-2000	302%	14,9%

Esta evolución no es independiente de los acontecimientos que dominaron la historia argentina durante estos dos siglos.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la evolución de los precios domésticos estaba directamente relacionada a la de los precios de las exportaciones y de las importacio-

nes en los mercados internacionales, y a la evolución del tipo de cambio. Los precios fluctuaban entre años de baja inflación y años de deflación, salvo algunos años particulares en los que se registraron eventos especiales. La serie muestra algunos picos importantes de inflación (25,3% en 1818, 34,3% en 1830, 19,9% en 1835), y un extraordinario período inflacionario entre 1837 y 1840, cuando sobrevino el bloqueo francés, en el que los precios se incrementaron un 243% (con un pico inédito del 85% en 1838). Al terminar el bloqueo los precios se redujeron un 40% en un solo año.

El período 1848-1852 fue claramente recesivo y los precios se redujeron en casi un 40%. Esta situación se revertió en 1853. Entre 1855 y 1857 el país enfrentó un nuevo brote inflacionario y los precios se duplicaron. La inflación alcanzó un pico del 42,7% en 1856.

Durante el período que va de 1861 hasta 1930, el país se rigió básicamente por un sistema monetario-cambiarario parecido al patrón oro (en los años 1867-76, 1883-84 y 1900-1913). En el resto del período el país se rigió por un patrón papel discrecional, pero siempre con el objetivo de regresar al patrón oro.

La incorporación de la provincia de Buenos Aires a la República Argentina, en 1860, cambió las perspectivas económicas, monetarias y fiscales de la Confederación. En Buenos Aires, los agentes económicos utilizaban dinero-papel emitido por el Banco de la Provincia de Buenos Aires para realizar sus transacciones diarias. En el resto de las provincias circulaban monedas de otros países cercanos y también billetes provinciales inconvertibles. En 1862, la administración Mitre decretó que la Aduana sólo iba a aceptar como moneda de curso legal la de Buenos Aires, a una paridad de 20 pesos papel por 1 peso fuerte, que era el numerario metálico de la economía.

En el período comprendido entre 1862 y 1868 se pueden destacar dos subperíodos: los tres primeros años dominados por las expectativas inflacionarias (inflación anual cercana al 10%), y los últimos cuatro años, que se caracterizaron por una apreciación del papel moneda y una suba de los tipos de interés nominales y reales.

Entre 1867 y 1876 la Argentina se integró a la economía internacional implementando las reglas del patrón oro internacional. Durante la presidencia de Sarmiento, entre 1868 y 1874, la economía se expandió con un gran impulso de las inversiones públicas que eran financiadas por endeudamiento externo y préstamos bancarios. Esta

situación comenzó a empeorar en 1873, tanto por razones internas como externas. En mayo de 1876 las autoridades abandonaron la convertibilidad entre la moneda nacional y el oro. Los precios, que se habían mantenido estables durante todo el período, se incrementaron y se registraron tasas de inflación cercanas al 10% a partir de ese año y durante los dos siguientes.

La administración de Avellaneda (1874-1880) tuvo que hacer frente a la depreciación de la moneda, a las salidas de capital y a una precaria situación presupuestaria. A pesar de ello, la inflación se mantuvo al inicio relativamente controlada y luego se transformó en deflación. Se adoptó una política monetaria y fiscal restrictiva: el gasto público se redujo un 40%, la base monetaria se mantuvo fija y el tipo de cambio se apreció a los niveles previos al patrón oro (25 pesos por peso fuerte). Con esta política se sucedieron cinco años consecutivos de deflación en los precios.

A fines de 1881 se sancionó una nueva ley de reforma monetaria por la cual se introdujo un sistema de patrón bimetálico, en el cual convivían el peso oro y el peso plata. Sólo las monedas acuñadas en el país y el dinero nacional aceptado eran de curso legal para cancelar las deudas públicas y privadas. En julio de 1883 comenzó un nuevo período de convertibilidad. El sistema monetario era el de un patrón mixto metálico y fiduciario en el cual el peso papel se cambiaba a la par por el peso oro. Los precios se redujeron durante este período. Sin embargo, el período de convertibilidad sólo duró 17 meses, hasta fines de 1884.

Desde 1884 hasta 1889 el sistema monetario argentino fue de facto un patrón papel en el que el peso papel fluctuaba contra el oro y por tanto contra las monedas más importantes. La prima del oro se mantuvo estable en los dos años posteriores a la suspensión de la convertibilidad, pero a partir de entonces se disparó hasta 1891. La devaluación de la moneda local llevó al incremento inevitable de la tasa de inflación.

Tras la crisis financiera de 1891, que significó la quiebra del Banco Nacional y del Banco de la Provincia de Buenos Aires, el gobierno se comprometió a adoptar una política deflacionaria con el fin de restablecer un patrón mercancía. Los primeros años fueron de inflación baja que se torna en deflación cercana al 10% durante los tres años previos a la restitución de la convertibilidad.

En noviembre de 1899 se crea una Caja de Conversión que cambiaría billetes nacionales por oro y viceversa,

a un tipo de cambio fijo de 2,27 pesos papel por un peso oro. Esta paridad consiguió mantenerse hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914. Durante estos años el nivel de precios fluctuó entre años de baja inflación y años de deflación.

El período 1914-1918, en el cual se desarrolló la Primera Guerra Mundial, se caracterizó por una moderada aceleración inflacionaria. La economía argentina se enfrentó a una importante restricción de oferta derivada por la dificultad para importar insumos y otros bienes de consumo final. Las limitaciones impuestas por la guerra se reflejaron también en el cese de la inversión extranjera. Los ingresos fiscales, que descansaban fundamentalmente sobre los impuestos al comercio exterior, sufrieron una gran contracción y la reducción del gasto fue insuficiente como para evitar los grandes desequilibrios fiscales. La sensación de crisis tuvo su mayor expresión en las frecuentes muestras de malestar obrero. El salario real sufrió un fuerte deterioro por los aumentos de precios que reproducían la inflación mundial. El costo de vida en este período aumentó en promedio a una tasa superior al 10% anual.

Cerca de la finalización de la guerra la economía retomó un ciclo positivo con una rápida recuperación y expansión que se prolongó hasta 1929, cuando sobrevino la gran depresión mundial. En este período se registraron tasas de inflación negativas en casi todos los años, con un promedio negativo de 2% entre 1919 y 1929, al normalizarse las importaciones y caer los precios internacionales.

A partir de 1930, el país entra en una etapa de poco crecimiento con muchas fluctuaciones cíclicas y períodos de inestabilidad. Durante la Gran Depresión la Argentina se enfrentó con una fuerte caída de los precios de sus exportaciones, que acompañaron la deflación mundial. A la vez se revirtieron los flujos de capitales, lo que junto con la caída en los ingresos por exportaciones, generaron severas dificultades para hacer frente a los servicios de la deuda externa.

Las autoridades enfrentaban el dilema de perder reservas o dejar depreciar el tipo de cambio con las consecuencias de encarecer el servicio de la deuda. Esta situación dio origen al control de cambios, mecanismo de control de pagos destinado a frenar la depreciación de la moneda sin tener que achicar el crédito ni perder reservas. Como consecuencia nació un mercado paralelo de divisas, con una cotización distinta a la oficial, que reflejaba la escasez de divisas con un tipo de cambio más alto. Simultáneamente, surgieron problemas con los fondos

bloqueados por el control de cambio, ya que los proveedores del exterior debían esperar a que la Comisión de Control de Cambios recibiera ingresos en divisas (por exportaciones y otros conceptos) para recibir la autorización para cobrar el producto de sus ventas.

A partir de fines de 1933 la acumulación de fondos bloqueados derivó en la necesidad de hacer modificaciones al sistema de control de cambios. Una de las modificaciones fue el desplazamiento del tipo de cambio a niveles más altos. Esto ocurrió justo cuando el mundo llegaba a la conclusión que la deflación generalizada era sinónimo de crisis y recesión. Las autoridades argentinas recalcan que gracias a las devaluaciones del peso los precios apenas habían retrocedido en el país. De este modo, el país se convirtió en un pionero de lo que luego se denominaría "metas de inflación", excepto que este último sistema no acepta el control de cambios.

La década del 30 se caracterizó por tener unos primeros años deflacionarios que acompañaron la caída de precios mundiales, seguidos por años de inflación promedio baja en los que la caída de precios internacionales era compensada por depreciación del tipo de cambio.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, la economía argentina comenzó a mostrar síntomas inflacionarios. Este nuevo fenómeno no causó originalmente gran preocupación puesto que se lo relacionó con el incremento de los precios internacionales asociados al conflicto bélico. El mayor superávit comercial incrementó la liquidación de divisas, que eran convertidas a moneda nacional. Esta emisión monetaria permitió que los precios internos de los productos que no se comercian en los mercados internacionales también se incrementaran. Sin embargo, a partir de la posguerra la Argentina mostró tasas de inflación crecientes diferenciándose de los países avanzados. En 1949 la tendencia alcista de los precios se aceleró y las autoridades reconocieron que la situación se escapaba de control: tomaron la decisión de achicar el déficit fiscal principalmente mediante la reducción de los gastos de capital. Sin embargo, el número de empleados públicos siguió en aumento y continuaron aumentando las transferencias del Estado a las familias en concepto de beneficios de seguridad social. A su vez, la política monetaria fue expansiva. De este modo la tasa de inflación alcanzó un pico en los años 1951 y 1952.

A partir de 1952 el gobierno decidió tomar medidas más drásticas, que si bien lograron reducir considerablemente la inflación en los siguientes tres años, no atacaron

los verdaderos factores inflacionarios. En particular, se creó la Comisión Nacional de Precios y Salarios que decretó que los ajustes salariales se efectuarían cada dos años. Conjuntamente hubo controles de precios y se amplió el pago de subsidios al consumo de carne, pan y algunos productos agrícolas.

Con la caída de Perón los precios comenzaron a subir nuevamente. Se implementaron medidas correctivas buscando equilibrar el presupuesto fiscal. Algunas de estas medidas, como los cambios en algunos precios relativos y la reducción de subsidios, implicaban incrementos de algunos precios que se encontraban controlados, por los que el alza de precios fue superior a la prevista y el aumento generalizado de salarios de 10% otorgado en 1955 fue insuficiente para prevenir el deterioro del salario real y las consecuentes protestas sociales. Ante esta situación, las autoridades otorgaron nuevos incrementos salariales en 1956, lo que derivó en mayores incrementos de precios. Al año siguiente se intentó un plan de estabilización que incluyó el congelamiento de salarios por un año.

Con la llegada de Frondizi al poder se decretó un aumento de salarios del 60%, en cumplimiento de promesas preelectorales. Esta decisión fue acompañada por una fuerte expansión monetaria para dar crédito a las empresas que lo necesitaban para afrontar esos aumentos. El crecimiento de salarios del sector público y de la inversión pública se reflejó en un fuerte incremento del déficit fiscal que fue financiado con emisión monetaria. La estampida de precios que siguió a estas medidas determinó que la tasa de inflación alcanzara su máximo histórico (hasta ese momento) en 1959, con incrementos de precios que superaron el 100%.

Esta situación llevó a la implementación de un nuevo plan de estabilización y al primer acuerdo con el FMI. Las restricciones fiscales y monetarias y los controles salariales lograron bajar temporalmente la inflación durante los siguientes dos años y se consiguieron altas tasas de crecimiento. Hacia fines de 1961, la economía comenzó a desacelerarse, el Banco Central dejó de respaldar el tipo de cambio y se potenció la tendencia alcista de los precios.

La evolución de la inflación a partir de 1963 es más conocida por la mayoría de los lectores. En la década siguiente, 1963-1973, la inflación se mantuvo elevada con un promedio anual de 29%, con un único año de inflación de un dígito (1969) y dos años con inflación cercana al 60% (1972-73). En esos momentos las posiciones sobre

las causas de la inflación no eran unánimes. Para algunos la explicación radicaba únicamente en la expansión monetaria; en cambio, otros creían en una inflación estructural que provenía de defectos arraigados en la organización económica ya que no era posible congeniar una configuración de precios que diera al mismo tiempo una distribución del ingreso aceptable y un crecimiento que no pusiera en peligro la balanza de pagos.

La inflación continuó su ritmo creciente en los primeros años de la década del 70 y tuvo su estallido con el llamado "Rodrigazo" (junio de 1975), intento de ajuste económico sin respaldo político y sin control de algunas variables económicas claves. Todas las acciones encaradas luego para reducir la inflación se caracterizaron por éxitos efímeros y aceleraciones posteriores con tasas elevadísimas que superaban los tres dígitos anuales. La implementación del llamado Plan Austral, anunciado en junio de 1985 cuando la inflación de aquel primer semestre ya llegaba al 303,9%, logró un efímero éxito estabilizador al reducir la tasa mensual de inflación del 30,5% en junio a sólo el 1,7% en febrero de 1986, sin efectos iniciales recesivos. Sin embargo, el pronto abandono de sus premisas básicas, por razones políticas, llevó a un pronto renacer inflacionario. La Argentina comenzó entonces a transitar un camino con un destino final hasta entonces desconocido: la hiperinflación.

La crisis económica y política de 1989 disparó el crecimiento de los precios a niveles nunca antes registrados. En el mes de julio de 1989, el incremento del índice de precios al consumidor alcanzó un 196,60%. El cambio presidencial morigeró el proceso inflacionario, pero no por mucho tiempo. El ritmo de incremento de los precios, luego de haber bajado a un 6,5% en noviembre, marcó en diciembre un 40,1%, en enero de 1990 un 79,2% y en marzo del mismo año ya superaba el 95%. Menem enfrentó dos picos hiperinflacionarios (y tres cambios de ministros de Economía) hasta la puesta en marcha del Plan de Convertibilidad.

Todos los intentos exitosos para detener procesos hiperinflacionarios se basaron en algunas premisas básicas:

- Tipo de cambio fijo entre la moneda nacional y las principales monedas internacionales (o el oro).
- La no emisión de moneda sin respaldo de divisas. Para lograr este objetivo se necesita reducir los desequi-

librios fiscales y aplicar una política monetaria prudente.

- Libertad de precios para permitir la adecuación de los precios relativos.

El llamado Plan de Convertibilidad incluía la mayoría de estas premisas, aunque algunas no se aplicaron en forma rigurosa.

Desde la puesta en vigencia de la Convertibilidad la estabilidad de precios caracterizó la evolución de la economía argentina. Salvo por los primeros dos años en los que todavía se registraba inflación alta debido a los rezagos de algunos precios tras la devaluación del tipo de cambio que precedió a la implementación de la Convertibilidad, la inflación registrada en el país entre 1994 y 2001 fue inferior a la internacional.

La severa crisis político-económica que se vivió desde mediados de 2001 culminó con los serios conflictos sociales que derivaron en la renuncia del presidente De la Rúa. Las principales medidas implementadas por las nuevas autoridades fueron la devaluación del peso, la declaración de default de la deuda pública, la pesificación de los contratos y de algunas transacciones financieras, y el rompimiento unilateral de muchos contratos públicos y privados. Lo anterior derivó en un fuerte incremento de precios, liderado principalmente por los de los bienes que se transan en los mercados internacionales y que no fueron regulados (controlados) por las autoridades.

Resumen y conclusiones

Las series que se presentan en este libro constituyen un invaluable aporte para todo estudioso de la historia económica, política y social de la Argentina. La información relativa a la evolución de los precios es imprescindible para entender algunos aspectos de nuestra historia. Los persistentes conflictos sociales y políticos, y la eterna lucha sectorial por la distribución del ingreso, están claramente reflejados en la persistente y volátil tasa de inflación. Al ser la Argentina una importante exportadora de alimentos, los precios internos de estos productos no pueden estar disociados de sus precios en los mercados internacionales, por lo que las violentas fluctuaciones en estos precios internacionales han sido frecuentes fuentes de los ciclos económicos internos.